

EL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES  
JURÍDICAS DE LA UNAM  
Y SU INFLUENCIA EN LA FORMACIÓN  
DE JÓVENES JURISTAS EN MÉXICO

*Carlos María Delayo Moller*



*En recuerdo de mi amigo Horacio Heredia Vázquez*

Los 80 años del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM llegan en una época difícil para toda la humanidad. Igualmente, esta época nos inspira un profundo sentimiento de recogimiento y tristeza por la partida de dos excepcionales personas: nuestro exdirector Héctor Felipe Fix-Fierro y Horacio Heredia Vázquez.

En este momento de reflexión es indispensable recordar el importante rol que ha jugado el Instituto en la formación de jóvenes juristas a lo largo de las últimas décadas. Así, la comunidad del Instituto va más allá de las personas que se encuentran vinculadas laboralmente a él. La comunidad se extiende a aquellas personas cuya vida académica ha sido alcanzada por él en algún momento.

De esta forma encontramos que el Instituto es un lugar abierto a recibir personas para desempeñarse como meritorias y becarias. Éste es un componente esencial de la vida académica, ya que en muchas ocasiones una estancia de este tipo puede ser definitiva en el destino que correrá la vida profesional de la persona involucrada. Sin duda, la influencia del Instituto es exitosa porque de ninguna manera se plantea la formación jurídica que ofrece como una imposición de una única forma de pensar, concebir o trabajar el derecho.

Esto es cierto toda vez que muchas de las personas que se han formado en el Instituto se han encargado de construir otros proyectos académicos de excelencia, con los cuales ahora el propio Instituto convive, colabora e incluso compete. Esto demuestra que esta labor es probablemente la más desinteresada e importante que se desarrolla día con día en la institución. Esto también considerando que el Instituto se encuentra abierto a recibir personas externas a la UNAM, como fue en mi caso.

El destino me puso en una mañana soleada de verano de 2001 en el Instituto en calidad de becario del programa de Verano de la Investigación Científica de la Academia Mexicana de Ciencias. Desde entonces, todo cambió para mí, no sólo porque pude descubrir una vocación por la investigación y la docencia, sino porque recibí una formación jurídica que complementó lo que ya había aprendido en el curso de la licenciatura. Esa formación no hubiese sido posible sin el apoyo del entonces director Diego Valadés y sobre todo de Miguel Carbonell, quién era el coordinador del Área de Derecho Constitucional. Así, al concluir el verano del siguiente año me incorporé como becario regular. Esa primera oportunidad, tan difícil de conseguir, la obtuve en el Instituto.

En el tiempo que llevo conociendo al Instituto desde dentro y a la distancia he podido constatar la importancia que tuvieron ese tipo de experiencias académicas en las y los juristas de mi generación. En ese grupo van desde las personas que decidieron dedicarse a la investigación y que profesan un gran amor por la institución, hasta las que a partir de esa experiencia adoptaron una posición crítica a la forma en que se piensa y se trabaja ahí, con todos los matices posibles en medio.

Aún mantengo contacto con algunas personas que pudieron ser becarias en ése y en otros veranos de investigación y en el propio Instituto. Con algunas personas la amistad ha sido permanente, con otras intermitente y con otras el tiempo se encargó de disolverla. En todos los casos veo que el Instituto jugó un papel importante en sus vidas, sólo que es una historia en ocasiones difícil de conocer, contar y para algunos incluso difícil de aceptar.

Un joven jurista que también obtuvo esa oportunidad del Instituto fue Horacio Heredia. Por unos meses en 2004 coincidimos como becarios. Nunca nos vimos ni platicamos en esa época. La fortuna nos permitió conocernos más adelante en el Doctorado, pero sobre todo cuando entramos a trabajar en el Instituto como investigadores. Tuvimos una convivencia grata, en esta ocasión la cercanía de nuestros cubículos fue de gran ayuda. En ese pasillo del primero oriente reímos y compartimos las preocupaciones de las tareas cotidianas de la vida académica, éramos compañeros en el mismo camino:

“arrieros somos”, decía él sonriendo. A pesar de las diferencias que hubiésemos podido tener en diversas cuestiones de la vida, siempre nos unió una genuina amistad y la idea de que éramos miembros de una gran comunidad de personas que el Instituto forma en su quehacer cotidiano.

La tarde del 14 de febrero de este año Horacio nos dejó. Fue una noticia que nos entristeció enormemente. No fue sorpresa que muchas de las personas más conmovidas hayan sido meritorios y becarios del Instituto con los que Horacio platicaba por largas horas en los jardines. Él sabía que el paso efímero que pueden tener en el Instituto resultaba fundamental en sus vidas. Me imagino que más de alguna plática que tuvo Horacio resultó fundamental para orientar la vida profesional de alguna becaria o becario. En mi caso, siendo muy joven, esa plática la escuché de Héctor Fix-Fierro. No me imagino ningún otro legado más noble ni más grande por parte de ambos que formar e influir positivamente en la vida de jóvenes que van encontrando y construyendo su propio futuro.

Ciudad de México, septiembre de 2020.